

EN EL NORTE DE CHILE

# LOS EXTRAÑOS RITOS DE LOS MINEROS

POR PABLO GARRIDO

(FOTOS DEL AUTOR)

(DEL II CONCURSO DE REPORTAJES «M. H.»)



JOSE VARAS ROJAS. «CACIQUE» DE LOS BAILES DE CHINOS DE LA CANDELARIA HACIENDO LA TÍPICA «EXCLAMACION».

PERO, he aquí que entre tanto amargor de vivir, una luz no ha cesado de alumbrar para quien logra alzar su vista piadosamente. Y ese mismo minero petardista y capaz de desmanes sangrientos, clava su vista en el dulce rostro de la imagen divina, y, aunque a su manera, siente la devoción cristiana y acude a los santuarios enclavados en medio de los desiertos o en las cimas de altas colinas cordilleranas.

Tres santuarios dominan esplendentes la piedad católica del minero chileno, La Tirana, Copiapó y Andacollo. Pero en verdad en no menos de cincuenta localidades de las cuatro provincias en cuestión, se veneran santos patronos con inusitadas prácticas religiosas.

Los ritos mineros del norte de Chile, los son en el más lato sentido de la clasificación, no tan sólo por ser la región norteña una de minería cerrada, sino porque tienen origen, su foco y su significación enraizados con la tradición minera, en casi la totalidad de los casos. Puede decirse que no hay «oficina» salitrera donde no exista un cuerpo o más de «danzantes», y ciertos asientos los poseen en crecido número y de viejísima tradición, es decir varias veces centenarios.

Estos grupos de promeseros danzantes, aun cuando tienen su santo patrono determinado, acostumbran acudir a otros lugares llevando sus alabanzas y preces para mayor lucimiento de las fiestas religiosas. Dase el caso, además, que mineros que cambian de residencia aun a sitios lejanos, acuden siempre a las celebraciones no importa cuantos sacrificios tengan que hacer durante todo el año para reunir los medios necesarios para su viaje o el de toda su familia. Tal es así que, como en el caso de Andacollo, promeseros vienen de países limítrofes, cruzando por escarpados «pasos» cordilleranos, ya desde Argentina, como de Bolivia o Perú.

Conveniente es consignar, además, que en ninguno de los tres principales santuarios citados, se expende alcohol durante las fiestas religiosas, lo que denota simultáneamente el profundo fervor puramente religioso, y la santidad del

ambiente en que operan los ritos. Los aspectos populares propiamente que asumen las celebraciones (que generalmente duran tres días) en forma alguna aminoran el carácter intrínseco de las mismas, limitándose, cuando más, a ventas de comestibles, imágenes, estampas, cirios, objetos conmemorativos lugareños y fruslerías de las siempre presentes en toda feria poblana.

Otra observación de interés es la que, aun cuando muchos de los promeseros tienen ideas políticas «de avanzada» social, no encuentran conflicto en modo alguno en congeniar las mismas con la religión católica. Es más, en ciertos apartados lugareños de la provincia de Tarapaca son militantes de partidos avanzados quienes cuidan de las humildes capillas.

\*

El santuario de La Tirana está ubicado en el caserío del mismo nombre, a 1.010 metros sobre el nivel del mar y a 84 kilómetros al interior del puerto de Iquique. El origen de dicho Santuario se apoya en un hecho histórico.

A mediados de 1535, don Diego de Almagro salió del Cuzco a la conquista de Chile, con un séquito de 550 soldados españoles y 10.000 indios peruanos, figurando entre éstos el príncipe Paullo Tupac, el sacerdote del Templo del Sol Huillac Huma y su hija Huillac Ñusta. A la altura de Atacama la Grande (actual pueblo de Calama, provincia de Antofagasta), Huillac Huma desertó, y su hija le imitó—de regreso ya las tropas en su infructuosa expedición—frente a Pica, junto a un grupo de aguerridos indios, todos los cuales hallaron escondrijo seguro en el Bosque (hoy Pampa del Tamarugal).

Huillac Ñusta hizo del bosque una fortaleza irreductible. Sus huertes hicieron prisionero al minero portugués Vasco de Almeyda, quien explotaba las cercanas minas de plata de Huantajaya. La inclemente capitana, por designios extraños del destino, sintióse subyugada por el apuesto varón y sucumbió a sus hechizos. Conoció—refiere la leyenda—de otras verdades y otros cultos y en un rapto de sincera confesión le pidió al guerrero que la incorporase a la fe cristiana. Ente-

rados los indios de la traición que aquello suponía, hirieron a la pareja con sus flechas, en el propio instante en que ella recibía el bautismo cristiano. Años más tarde—entre 1540 y 1550—el evangelizador de aquellos desolados parajes, fray Antonio Rondón, encontró una cruz en el bosque, y en recuerdo de la bella Ñusta Huillac y su acto de fe, erigió una iglesia que dedicó a Nuestra Señora del Carmen. La devoción y la fantasía populares hicieron de la iglesia y de la leyenda un refugio espiritual, y hasta la fecha el santuario de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana goza del favor de miles de devotos en todo el norte del país. Sobre los cimientos de la primitiva iglesia se erigió el actual templo que data solamente de 1902.

El principal atractivo de las fiestas religiosas, que se celebran anualmente cada 16 de julio y que atraen arriba de 10.000 personas al caserío de habitualmente 41 habitantes, son los llamados «bailes». Estas agrupaciones son cofradías extra-legales, diríase secretas, compuestas por promeseros juramentados ante la Virgen por voluntad propia y expresa. Al constituirse un «baile» su jefe («caporal»), señala la duración del grupo e invita a participar en él a los seguidores de determinado patrono.

Los grupos tienen nombres y características diversas, como ser: *chunchos*, *morenos*, *cuyacas*, *llameras*, *chinos*, *cruz del Calvario*, *promeseros del Carmen* e *indias*. Evidentemente los cuatro primeros grupos tienen su raíz en símiles de Ecuador, Perú y Bolivia, de donde son originarios y las versiones chilenas repetición o prolongación de una tradición aborigen. Los *chinos* son originarios de Andacollo, donde, como se verá, están en ejercicio no menos desde hace cuatrocientos años.

Es interesante anotar que, para sus presentaciones devotas en el santuario de La Tirana cada 16 de julio, los «bailes» se someten previamente a un largo y duro aprendizaje, el que comienza en la primera semana del mes de mayo y abarca casi dos meses y medio. Cada tarde, a la caída del sol y hasta la medianoche, en los pueblos «oficinas» salitreras y otras





NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN. DE LA TIRANA.

localidades, se pueden escuchar los violentos ritmos de las danzas rituales desde un radio considerable. En ese mismo período se fabrican o remozan los trajes tradicionales, cuidándose de los detalles más nimios y haciendo toda suerte de sacrificios personales para presentarse ante la Virgen del Carmelo con toda la galanía y unción que consideran justas.

Los «bailes» acuden, por lo general, dos o tres días antes de la fecha y los ritos se suceden con ordenación matemática, aun cuando su desarrollo horario puede ser motivo de cambio por mayor o menor afluencia de otros grupos de promeseros que a su vez cumplen con la misma secuencia los diversos actos piadosos.

Vestidos con trajes adecuados (posiblemente menos aparatosos que los del día máximo), celébranse las «vísperas», el 15 de julio, en el siguiente orden:

Primera, Segunda y Tercera «dentrada» al pueblo, etapas que abarcan tramos equidistantes en el límite «urbano» del santuario hasta la iglesia misma, partiendo desde un punto denominado «El Calvario».

Verificado lo anterior, preséntanse tres nuevos períodos, a saber:

- 1) Dentrada al Templo.
- 2) Adoración.
- 3) Retirada.

Si se considera que asisten entre 25 y 40 «bailes», se comprenderá que tales etapas demoran largas horas. Durante el proceso integral, los cánticos, la música instrumental y las danzas, tienen preeminencia, con la sola excepción del Canto de Adoración, junto al Altar Mayor, donde cesa el baile.

Cumplido el Saludo, y cantada La Retirada, los «bailes» se van congregando en la amplia plaza, donde continúan las ofrendas coreográficas en forma colectiva ya. A medianoche, los «bailes» se recogen—sólo por unas pocas horas—acampando en viviendas improvisadas diseminadas por entre los famélicos árboles del extinto bosque del Tamarugal.

A las tres de la mañana del 16 de julio, se canta el «Alba», y poco después, propiamente al amanecer, «La Aurora», luciendo todos ya el traje de gala. Hay un breve descanso—destinado al desayuno o algo parecido—descanso que no trasciende, puesto que numerosos bailes mantienen constantemente el ajeteo y bullicio, según el orden que les va tocando en sus presentaciones.

El aspecto litúrgico aparece por vez primera con ocasión

de la misa solemne, la que, debido a la enorme afluencia se hace «de Campaña». Ante el silencio absoluto miles y miles de promeseros siguen el desarrollo en todos sus imponentes detalles. Terminada la misa, atronan el espacio los cohetes y músicas rituales de danzas, entregándose los «bailes» a sus más febriles prácticas. Así hasta mediodía, en que, sin interrupción notable, almuerzan y reanudan, en todo esplendor y virulencia, hasta las cuatro de la tarde, hora en que se efectúa la procesión.

En la noche comienzan los preparativos para retirarse siendo el último rito la «Despedida del Santuario». Por la gran concurrencia de «bailes» y no pudiendo ubicarse a la vez más de tres en las naves del templo, el resto continúa sus danzas y devociones en la plaza, ya iluminada con inmensas fogatas en torno a las cuales se suceden aparatosas mudanzas y una destacada participación de los «diablos», que siempre forman en número no inferior a dos en cada agrupación y cuya función es la de «animar» marginalmente los ritos y también la de transportar las especies y alimentos de la cofradía. Durante todo el día siguiente los «bailes» aun están despidiéndose y, algunos, los de más fuerte tradición indígena celebran «cacharpaya», que es fiesta pagana, con profusión de «kashua» y «cachimbo», bailes mestizos de origen peruano.

\*

Fué por el año de 1780 que el rico ganadero copiapino don Mariano Caro Inca, arreando animales por un paso de Argentina a Chile, halló fortuitamente una diminuta imagen de la Virgen tallada en piedra negra de escasos veinte centímetros de altura. Llegado al villorrio de San Fernando, a la salida de Copiapó, el suceso corrió veloz de boca en boca, y su afortunado poseedor decidió entre otras cosas, ofrendar anualmente una novena y erigir, posteriormente, un altar en un oratorio construido en su hijuela de San Fernando. Al morir, dispuso la erección de una capilla, la que, al correr los años y habiendo crecido la fe y la devoción, convirtiéndose en la hoy abandonada iglesia, fabricada en 1800 por el cura de Copiapó R. P. don Domingo Carmona. Por 1910, el R. Padre don Pedro Thelis, inició el santuario, donde actualmente se halla la histórica imagen y la que está dedicada a Nuestra Señora de la Candelaria. Consecuentemente, y ya desde largos años, cada 2 de febrero acuden devotos de toda la región

FORMACION DE MINEROS REVESTIDOS DE EXTRAÑOS ATAVIOS EN UN MOMENTO COREOGRAFICO DE UN PASO DE DANZA DEL BAILE DE CHUNCHOS, DE IQUIQUE, EN LA TIRANA.







BAILES DE «CHINOS» EN PLENO DESPLIEGUE RITUAL, EN EL ATRIO DEL SANTUARIO DE LA CANDELARIA, DE COPIAPÓ.

y de apartados lugares. Principalmente, los mineros la rinden culto, con sus típicos bailes, cánticos, estro poético y típica vestimenta.

El nombre genérico de «chinos» que exhiben estos danzantes, proviene de un nominativo de carácter coloquial, por el cual chino es sirviente o servidor, y sin lugar a dudas proviene del hecho familiar que en algunas regiones metropolitanas chilenas, peruanas y bolivianas, los súbditos del Celeste Imperio ocuparon y lograron cierta eminencia como servidores en casas de abolengo. Por extensión, entonces, «chino» de la Virgen significa «servidor de la Virgen». Los «bailes» chinos, luego, nada tienen en común en absoluto con los orientales; se hallarán preferentemente en las provincias de Atacama y Coquimbo, aun cuando en las dos restantes provincias extremeñas del norte hállanse cofrades danzantes de similar denominación y características.

Son grupos exclusivamente de varones y mineros, admitiéndose en cada «baile» cuatro promeseras las que cargan los estandartes y banderas, por la mera voluntad y disposición personal de ellas. Forman en los «bailes», promeseros, es decir, personas que hacen promesas a la Virgen solicitando sus favores, o bien por reconocimiento de sus bondades, recibidas en forma material y visible. Hay padres que se comprometen a entregar a sus hijos desde la más tierna edad. Hay ancianos que, como el caso de Juan Rafael Cortez, se han incorporado a muy avanzada edad. La entrega de los hijos, como asimismo el voto de promesa personal, se hacen con la sola mediación de los «alféreces», ante la imagen original, y sin la participación de sacerdote alguno. Hay casos de promeseros que hacen largos viajes para cumplir sus mandas.

A semejanza de las instituciones del mismo nombre de Andacollo, los «chinos» de Copiapó se rigen por una especie de código moral estrictísimo. Por ejemplo: Ninguno puede usar el traje en actos que no sean de adoración, y en todo caso siempre que tenga la autorización correspondiente del «cacique», que lo es el jefe más antiguo y que recibe dicho cargo por heredad. La infracción se castiga como «falta grave», y conlleva suspensión de uno a tres años. Se observa la moralidad del «chino», y el jefe tiene un control de los denuncios, y entre las prescripciones que inhabilitan el formar en dichas agrupaciones de danzantes, lugar preferente ocupa la de no

aceptar sujetos que no tengan sus hogares constituídos legalmente.

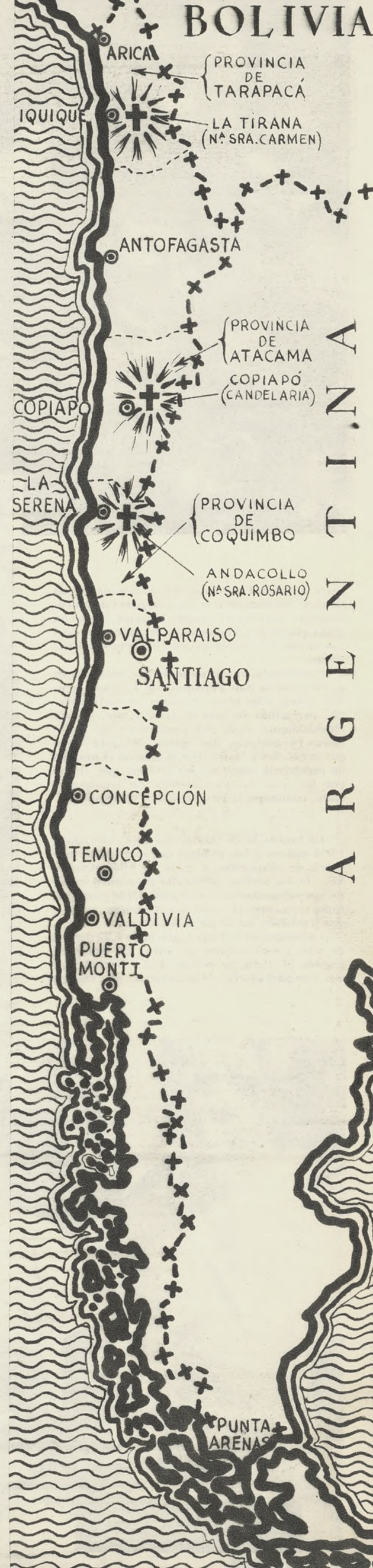
Existe una jerarquía entre los «chinos» de la Virgen, y, en ordenación descendente ella se sujeta al siguiente esquema: *Alferez general (cacique). Primer alferez. Segundo alferez. Abanderado. Tambor. Flauta.*

En general, domina en los atavíos de los mineros el color celeste pálido, que lo es el de la Virgen, o más bien, del primer vestuario que ésta recibió. Aun los instrumentos musicales están recubiertos con telas de dicho color.

De estos instrumentos la «flauta» no es propiamente tal, sino una simple caña, de entre 25 y 50 cm. de largo, uno de cuyos extremos está obstruido por la corteza natural, y por el otro cortado en dos cantos para formar un triángulo por el cual se sopla. El sonido producido es potente y ronco, y llámanlo «ragido», como en este dístico:

*delen ragido a la flauta  
delen sonido al tambor.*

Hay un típico «ragido Candelaria», en oposición al «ragido descontraído». «Ragido» debe provenir de una equívoca aplicación de «rasgueo», que es la acción y efecto de rasgear, o bien de *rasgar*; romper o hacer pedazos, a viva fuerza. La verdad es que el «sonido» emitido más que a tal, evoca el de un graznido o ruido de aserrar, tal es así, que, al sentirse durante las mudanzas, dan las flautas la impresión de un fantástico aserradero, en una persistencia rítmica enervante, por estar espaciados grandemente un soplo de otro. Proviene esta peculiaridad del hecho de que las mudanzas son más propiamente grandes pasos alternativamente de izquierda y derecha, en forma monocorde, ritual, pesada y grotescamente parsimoniosa, si la forma de explicar no hiriera el real fervor y tremenda apostura varonil de los mineros devotos. El avance es sumamente lento, pues cada dos pasos retroceden uno, y esto en armónico cuan brutal balanceo de todo el cuerpo. Hay que concederles aquí el sentido profundamente litúrgico que pretenden imprimirle a sus danzas todos los mineros, y como danzas varoniles encubadas junto a la roca y la faena pétrea, nada debe extrañarnos de su aparente carencia de flexibilidad o genuflexiones típicas de las danzas menos primitivas observadas en las regiones del salitre en el







BAILE DE CUYACAS FORMANDO EN LA PROCESION DE LA VIRGEN DEL CARMELO, EN LA TIRANA.

norte de Chile. Los ritmos del tambor (que es un tambor rudimentario a la semejanza de los corrientes), son exclusivamente binarios, lo que no quita que en el agrupamiento de dos o más «bailes» surjan sorprendentes combinaciones polirrítmicas.

Finalmente, al santuario de la Candelaria en el villorrio de San Fernando de Copiapó, acuden—como a los otros restantes del norte chileno—peregrinos de toda la zona y aún, y muy especialmente aquí, los promeseros de Catamarca (Argentina), que gozan de justa fama por sus bailes y trajes. Por lo general el número de peregrinos sobrepasa los 20.000; que llegan por los más variados medios de transporte: mula, camiones, trenes, barcos y aeroplanos.

★

El santuario de Andacollo está ubicado a 1.031 metros sobre el nivel del mar, en la provincia de Coquimbo y unos 50 kilómetros al SE. de La Serena. Andacollo es asiento minero, encontrándose el oro en apreciable cantidad, como asimismo el cobre y manganeso, y tiene una población media de 1.500 almas.

La imagen de la Virgen, que mide 1,25 metros de alto y está tallada en cedro, fué traída de España al Perú, y de allí a La Serena, por los conquistadores. Amenazados de saqueo



LA «PAMPA», CALCINADA POR EL SOL, SE ESTREMECE BAJO LAS EVOLUCIONES COREOGRAFICAS.



FAMILIA DE RUFINO CABRERA ARCOS, PEREGRINOS DEL SANTUARIO DE LA CANDELARIA, COPIAPO.

e incendio por los indígenas, los colonos estimaron prudente llevarla a la alta montaña, donde fué escondida en sitio seguro.

La leyenda dice que un unido, llamado Collo, en sus vagancias por los faldeos de la montaña, escuchó una voz celeste que le decía claramente: «Anda, Collo, a la montaña; busca y serás rico y dichoso». No dando fe a esta misteriosa revelación, Collo se dispuso a continuar cortando leña de árboles cercanos y rumiando su infortunio y desolación. Cuál no sería su sorpresa al destrozarse un tronco, cuando apareció, allí dentro mismo la imagen de una hermosísima virgen morena. Corrió al poblado vecino a comunicar el hallazgo, y la población indígena se trasladó en masa al sitio indicado por Collo. Se formó procesión y se adoró la imagen de la Virgen, la que quedó instalada en la cabaña de Collo. Desde entonces, los descendientes de Collo mantienen prerrogativas sobre la imagen de la Virgen del Rosario, la que fué derrochando milagro tras milagro, haciendo del sitio—que pasó a llamarse *Andacollo*, en homenaje al descubridor—un peregrinaje dilecto.

Esto ocurría, por cierto mucho antes de 1580, fecha en que don Juan Jufre y don Juan Gaytán de Mendoza hicieron construir la primitiva capilla. Por el año de 1676, don Bernardino Alvarez, párroco de Andacollo, levantó una estructura más firme. El auge de los lavaderos de oro, atrajo una respetable población. Posteriormente, el párroco don Vicente Valdivia, elevó un edificio de estilo colonial, amplio, que es el que actualmente sirve de parroquia y es la residencia habitual o «camarín» de la Virgen. Sin embargo, dado el crecido número de peregrinos, que de año en año iba en aumento, fué necesario la erección de un santuario digno del rango, y el 25 de diciembre de 1873, el Excmo. Sr. don Manuel Orrego, obispo de La Serena, colocó la primera piedra de la que había de constituirse—a su inauguración y dedicación por el obispo Fontecilla—en basílica de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, veinte años más tarde. Es de estilo romántico bizantino, con cinco naves y varias galerías flotantes, un pórtico monumental, dos torres de cincuenta metros de elevación cada una, y una hermosísima cúpula de 45 metros de alto. La Basílica tiene cabida para diez mil personas, cómodamente instaladas.

Andacollo es, incuestionablemente, el santuario más favorecido por el pueblo chileno. A él acuden por millares los hombres y mujeres atribulados a ofrecer y a pagar «mandas», cada 26 de diciembre. El camarín de la Virgen luce prendas de valor incalculable, venidas desde todo el mundo, aun de los países más remotos.

Al igual que en Copiapó, y respondiendo al nombre genérico de «chinos», existen las cofradías extra-legales de promeseros mineros que bailan a la Virgen. Aquí se dividen propiamente en tres tipos diferenciados: «Chinos», «Turbantes» y «Danzantes». Al correr de los años, estas cofradías se han extendido desde Andacollo hasta países vecinos, y célebres son los grupos mineros que vienen desde: Tamaya, Limari, Sotaquí, La Cocinera, Ovalle, Higuera, Peñón, Coquimbo, La Serena, San Fernando, Copiapó, Tierra Amarilla, Antofagasta, Iquique, Pozo Almonte, Illapel, La Ligua, Los Andes, Cal-Cai, Caleu, Quinteros y Olmué.

Son los más antiguos los «chinos de Andacollo» (356 años), y los de Limari (242), según consta en el libro oficial que guarda en su poder la familia Barrera, de Andacollo, descendientes del indio Collo. En la actualidad, el cargo supremo de «cacique» de todos los «bailes», lo ha asumido doña Salomé Jorquera, viuda de Barrera, por votación del año 1936 entre los jefes de «bailes».

Los «bailes» forman la guardia de honor de la Virgen, y en razón del hallazgo de Collo, el «cacique»—sucesor en línea recta suyo—es el «dueño» de la imagen y nada se hará sin pedirle a él la venia. Perteneciendo éste al «baile de chinos de Andacollo», tiene este grupo privilegios, y no es el menor el de dejarles dueños absolutos de la imagen durante el fausto día 26.

En la víspera, y desde las colinas del santuario, los «bailes» aguardan el alba, hora en que bajan con estandartes desplegados, cantando al acompañamiento de guitarras, tamboriles, «flautas» y sonajas. Hay saludos en la puerta del templo, y hay campanas invitando a la misa. A su término, dada la voz de mando del «cacique», se saca el anda de la Virgen, la que es colocada en el atrio del templo y se da comienzo a los saludos y homenajes de los «bailes». Cada uno tiene un cuarto de hora para sus ritos: danzas, cantos, versos, promesas, quejas y agradecimientos.

La procesión es el momento culminante de la fiesta religiosa. Desfilan numerosas andas cuajadas de flores y cintas tricolores, entre los petardos y los sones de «flauteros» y bombos, junto a banderas chilenas y batallones de estandartes de estirpe centenaria. Tras todo aquel cortejo, viene la imagen veneranda, en anda de plata y derroche de piedras preciosas y metales alucinadores.

El fervor popular es tremante, en una multitud de cuarenta mil personas. Voces atronadoras en vivas y júbilos, cantos litúrgicos sucedidos de sones paganos de ritmos desconcertantes, y, por encima de todo, los quejumbrosos y estridentes *granzidos* de las extrañas «flautas» de los promeseros. Inciensos y campanas, pólvora y cosméticos de feria pueblerina, se funden con la polvareda de la montaña reseca en el naciente estío, que parece estremecerse entera en esa explosión de fe ancestral.

Quien contemple este extraño espectáculo de los ritos mineros, aun con el mero prisma del simple curioso, quedará hondamente impresionado, y nadie, ni el más descreído, podrá negar que hay aquí—como en todos los otros santuarios del norte de Chile—un profundo fervor, nacido de aquella tremenda angustia del espíritu humano que busca una Luz para aclarar el misterio de la Vida. Y aquí, en estos parajes inhóspitos, donde todo le es hostil al hombre, la bendición de la doctrina cristiana alcanza una significación que las arengas sociales jamás satisfacen: alimentar el espíritu con el pan de la Verdad Eterna.